

La imagen de alguna hermosa  
 Entre guirnaldas de flores.  
 Quizas cabellos undosos  
 En torno á una faz galana,  
 De rasgos puros, graciosos,  
 Con ojos siempre amorosos,  
 Con labios siempre de grana.  
 Y ansiamos con embeleso  
 Para aquel cabello, flores,  
 Ricos perfumes y olores;  
 Para los ojos, amores;  
 Para los labios, un beso.  
 Pero ya pasó la vida,  
 Secando los corazones;  
 Y apagando, á su partida,  
 La bella antorcha encendida,  
 Que animó los corazones,  
 Sin dejar al desdichado  
 Otro recuerdo dorado  
 De su edad más venturosa,  
 Que un triste verso, trazado  
 En el álbum de una hermosa.

## ITALIA.

(Pág. 55.)

Poesía publicada en *La Discusion* del 1.º de Mayo de 1859,  
 y copiada por *El Cartagines* del 19 de Mayo del mismo año.

## NUBES.

(Pág. 63.)

Publicada en *El Cartagines* del 9 de Noviembre de 1859.

## INSPIRACION.

(Pág. 65.)

Publicada en *El Cartagines* del 10 de Diciembre de 1858.  
 Dedicada á D. Antonio Buendia, médico de Cartagena.

## CANTO DEL PROSCRIPTO.

(Pág. 69.)

Publicado en *La Discusion* del 27 de Mayo de 1859, y co-  
 piado por *El Cartagines* de 5 de Junio de 1859.

El *Canto del Proscrito* es, en nuestro concepto, una de las  
 mejores obras de nuestro poeta: no la señalaremos entre las  
 más elevadas, pero sí entre las más verdaderas. Mucho debió  
 amar á su patria MONROY, cuando tan vivamente acertó á  
 expresar las amarguras de una expatriacion injusta. Léanse  
 con particular atencion las diez redondillas en que apostrofa  
 el proscrito á sus opresores, diciéndoles:

¡ Ah! si dispone la suerte  
 Que vuestro delirio ciego  
 Apague mi voz de fuego  
 Con el hielo de la muerte,  
 Sonará en la inmensidad  
 Ese acento que os espanta,  
 Al cortar en mi garganta  
 El grito de libertad.  
 Y la constante memoria  
 De mi sangre derramada,  
 En vapores condensada  
 Al resplandor de la gloria,  
 Caerá, cual justo anatema,  
 En terrible lluvia hirviente,  
 Sobre esa pálida frente,  
 Que escondéis con la diadema.

Y en la tempestad que brama,  
Oiréis mi tremendo grito,  
Que, en un tormento infinito,  
A vuestra conciencia llama.  
Y en el sol que desaparece  
Del ocaso por la zona,  
Veréis la hermosa corona  
Que el cielo en mi losa ofrece.  
Y en el nubarrón que zumba  
Allá en la extensión vacía,  
El sauce que Dios envía  
Para cobijar mi tumba.  
Seguid, asidos al trono,  
Devorando vuestra vida,  
Pálida luz extinguida  
Al fulgor de nuestro encono;  
Yo, lejos de los hogares  
Que ayer mecieron mi cuna,  
Juguete de la fortuna,  
Cruzaré el mundo al azar;  
Y para sentir su encanto,  
Para respirar su aliento,  
Volará mi pensamiento  
Sobre las ondas del mar.

El neologismo *al azar*, en el sentido de *al acaso* ó *á la ventura*, no es recomendable.

### VOY Á PARTIR.

Á EMILIA.

En esta composición, también en redondillas, puede verse cómo entendía, cómo definía MONROY al amor: es notable por la blandura y pureza de los afectos.

El amor es un dolor  
Que al alma de luz corona:  
Por eso el alma ambiciona  
Sufrir dolores de amor.  
¿Qué pasa en el sentimiento,  
Cuando este dolor le inflama?

¿Por qué goza, cuando ama,  
De tan sublime tormento?  
Es que ardiendo en emociones,  
El pecho se abrasa y gime,  
Porque el latido le oprime  
Que lanzan dos corazones.  
Es que manan sus latidos  
Arroyos de sangre rojos,  
Que suben luego á los ojos,  
En lágrimas convertidos.  
Es que se entrega doliente  
La razón al devaneo,  
Pues las sombras del deseo  
Borran la luz de la mente.  
Es que va la fantasía  
Subiendo por una escala,  
Toda flores, toda gala,  
Toda ilusión y poesía.  
Es que en delirante anhelo  
Tierno el corazón se mece;  
Es que el alma se engrandece  
Hasta tocar con el cielo.  
Es que piensa hallar allí  
La extrema felicidad.  
¡Ay, Emilia! ¿no es verdad  
Que el amor se siente así?  
Voy á partir: su rigor  
Mi pecho á tu pecho fia.  
Escúchame, amiga mía:  
Yo te encomiendo mi amor;  
Mi amor, que Dios ha bendito;  
Mi amor, que es constante y ciego:  
Grande, inmenso te lo entrego;  
Devuélmelo infinito;  
Pues tú, que sabes amar,  
Debes sin duda saber  
En dónde lo has de poner,  
Que yo lo pueda encontrar.

En el uso del participio *bendito* por *bendecido* vemos una gallardía de muy buen gusto, completamente lícita en la poesía lírica.

En el álbum de esta Emilia se halla la siguiente composición de nuestro poeta.

AMOR QUE MATA.

Hermosa niña, de rasgados ojos,  
De nacarada tez y labios rojos,  
Con gracias que el amor formó tan bellas,  
Escucha mis canciones,  
Y á sus tranquilos sonos,  
Si ansias dormir, ... te dormiré con ellas.  
Era un capullo, que al vergel florido  
Daba gracia y frescura,  
Sus hojas desatando;  
Que llenaba de aroma y de hermosura  
Al céfiro perdido,  
A las flores de Abril ruborizando.  
Y era una niña, por demas galana,  
Que al vergel, juguetona, descendia  
Durante la mañana:  
Sus labios virginales y pulidos,  
Con tibio beso en el boton ponía,  
Prestando aromas y bebiendo mieles...  
Y en tanto, allá escondidos,  
Temblaban, envidiosos, los claveles;  
Y temblaban con ellos muchas flores,  
Porque, posado en ellas un jilguero,  
Cantaba del capullo los amores,  
Con canto lastimero.  
Amores, todo esencia,  
Que inspirara en su infancia vírgen pura,  
Sin gustos ni mudanza,  
Amores del pudor con la inocencia,  
Amores del placer con la esperanza,  
Amores de una flor con la hermosura.  
Mas llegaron las brisas del verano,  
Y el boton entreabriendo  
Su recatado y oloroso seno,  
Ambar precioso por do quier vertiendo,  
Tuvo, en su orgullo vano,  
El aire, siempre, de perfumes lleno.

Y en rosa se tornó pomposa y bella,  
Y la tierna doncella  
Que todas las mañanas la veía,  
Creció tambien como su amor crecía;  
Y siempre se besaban,  
Porque siempre, constantes, se adoraban.  
Pero el beso de amor, aquel tan puro,  
Que prenda un tiempo de sus dichas era,  
Y de su amor seguro,  
En vez de hacer durable su ardimiento,  
De la rosa lozana y hechicera  
Quemó las hojas y secó el aliento.  
Y la jóven preciosa,  
La que un tiempo sembraba sus amores,  
Su gracia candorosa,  
Por el vergel y la pradera amena...  
Miró tambien borrarse los colores  
De sus mejillas, pálidas de pena.  
¡Maldito su deseo!  
Que la flor y la niña, ántes tan puras,  
Queriendo más de lo que más gozaron,  
En triste devaneo  
Lloraron sus fatales amarguras,  
Y llorando las dos, se marchitaron.  
Y el píftado jilguero que, trinando,  
Testigo fué de su placer perdido,  
Siguió siempre cantando;  
Y sintiendo su suerte,  
Con triste són y gemidor quejido,  
Cual cantó su pasión, cantó su muerte.  
Llorá, pues, tus enojos,  
Hermosa niña de rasgados ojos,  
Con gracias que el amor formó tan bellas,  
Y escucha mis canciones;  
Que á sus tranquilos sonos,  
Si ansias dormir, te dormiré con ellas.

EL ECLIPSE DE SOL.

Obra digna del asunto, y es quizá cuanto pueda decirse;  
porque, dejando á un lado los terremotos, las inundaciones y

los huracanes, en fin, las escenas grandes de devastacion, producidas por la naturaleza irritada, el eclipse total de sol ofrece un espectáculo de majestad muda y severa, quizá el más imponente para cuanto vive. Sin' nubes, que desde acá abajo encubran el inmenso disco del gran luminar, él se oscurece arriba, como si se fuera á extinguir su luz, conservadora de nuestra existencia. No nos suena bien aquello de

El negro espejo del inmenso abismo,  
Que miras á tus piés amontonarse.

*Amontonarse* no parece propio de *abismo*.

En el verso (pág. 84),

Los azules *perístilos* del cielo,

hay la licencia de usar como esdrújula una voz que no lo es; pero sólo hallamos que admirar en el trozo siguiente:

¡Qué momentos, oh sol! ¿Por qué apartada  
Con empeño terrible  
Conservas de los mundos la mirada?  
¿Será que ver no puedes impasible  
Al crimen y al encono  
Sentados ¡ay! sobre brillante trono,  
Ni agitados los mares,  
Ni rotas las entrañas de la tierra  
Al rudo golpe de implacable guerra,  
Ni los santos altares  
Del bien y del derecho destruidos,  
Ni esas flores que, en campo de dolores,  
Recogieron los pueblos oprimidos  
Con sus invictas manos,  
Marchitas en frescura y en colores  
Al aliento mortal de los tiranos?  
¡Ah, si tu faz pudiera  
Contemplar otro mundo y otros hombres,  
Al lucir otra vez sobre la esfera!  
¡Si destacarse viera,  
Sobre un manto, de siglos empolvado,

Pirámides sin fin de tumbas frías,  
Selladas con los nombres  
Del poder y grandeza de otros días,  
Inmensos restos del error pasado,  
Despojos del destino,  
Que el ronco canto de victoria alzarán,  
Y eternos señalarán.  
A los futuros pueblos el camino!  
¡Ah! yo también de mi canción el vuelo  
Alzaría con éxtasis profundo,  
Si al dorar otra vez tu luz el cielo,  
Dorara un sol de libertad al mundo.

Parece, al ver este noble deseo de libertad, que había nacido el autor y vivía en otros tiempos, ya por dicha distantes. Pero habla como hombre ansioso del bien de la humanidad entera, como D. Dionisio Solís, por los años de 1822, escribía en un soneto célebre:

¡Oh sol! entra en la espléndida carrera  
Que el dedo te señala omnipotente  
Al asomar por las etéreas cumbres;  
Y tu increado Autor piadoso quiera  
Que desde Oriente á Ocaso eternamente  
Pueblos felices en tu curso alumbres.

Esta composición al *Eclipse* fué publicada en *La Discusion*, á 24 de Julio de 1860, y la copiaron *Las Novedades* del 27 inmediato.

#### LA INOCENCIA.

(Pág. 94.)

Diálogo lleno de frescura y de gracia, como las *Doloras* del Sr. D. Ramon Campoamor.

## EN EL DIA DE TU SANTO.

(Pág. 99.)

Un romance de días : y es excelente. ¡Cuántas coplas no se han hecho, y se hacen y harán, de felicitaciones, que á los cuatro días no pueden leerse! No es ésta así : aquellas suelen ser obras de compromiso, de cortesía, de galantería, de vanidad acaso : ésta, dictada por el sentimiento, es una buena obra de un buen poeta.

Se nos han remitido últimamente unas redondillas de MONROY, con el título de *Mi cumpleaños*. Copiaremos aquí algunas de ellas.

## MI CUMPLEAÑOS.

Á ELVIRA.

¡Uno más...! Sigue la suerte  
Entre los años perdida,  
Sacándonos de la vida  
Por las puertas de la muerte.  
¿Con que, muere la virtud,  
Y se acaba la existencia!  
¿Con que, espira la inocencia,  
Y espira la juventud!  
¡Un año más...! Al mirar  
Helarse mi pecho ardiente,  
Lo siento sobre mi frente  
Rápido y vago pasar.  
¿A dónde fué la fragancia  
De la flor de la niñez?  
¿A dónde la sencillez  
De los juegos de la infancia?  
¿Te acuerdas, Elvira? El sol  
Brillaba siempre en la esfera,  
Sin que una nube viniera  
A deslustrar su arbol;  
Pasaban en un momento  
Felices hora tras hora,

Toda era rayos la aurora,  
Y todo aromas el viento.  
Edad de amor y de fe,  
Edad de dicha y de calma,  
Ven, y despierta en mi alma  
Recuerdos que tanto amé;

Ven y deposita en mí  
Tus sueños de rosa y oro...  
¿No ves, edad, que, si lloro,  
Estoy llorando por tí?

Mas ¡ay Elvira! dispensa  
Que el alma venga á verter  
Entre recuerdos de ayer  
Lo que siente y lo que piensa.  
Tú fuiste niña... ¿Cariño  
No tienes á aquella edad?  
¡Ay, Elvira! ¿no es verdad  
Que es muy hermoso ser-niño?

Compara : ya no se alcanza  
La gloria que entonces fué.  
¡Cuanta esperanza sin fe!  
¡Cuanta fe sin esperanza!  
Perdona otra vez : derecho

A tu perdon tengo ya;  
Que há tiempo sufriendo está  
Mi pecho como tu pecho.

Há tiempo cruza mi suerte  
Los aires del desengaño...  
¡Cielos! hoy cumplo otro año,  
Otro paso hácia la muerte.

Mas ¡qué idea! su pavor  
No turbe más mi alegría.  
Escúchame, amiga mía :  
Quiero contarte mi amor.

Hay una deidad, Elvira,  
Que ciego mi pecho adora;  
Yo lloño cuando ella llora,  
Yo suspiro si suspira.

Su ropaje son los cielos,  
Sus lágrimas son las flores;  
Brinda un goce sin dolores,  
Ofrece un amor sin celos.

Nadie resiste á su ardor,  
Ni el sabio, el potente, el loco...

No dirás que pido poco.  
 ¿Te gusta, Elvira, mi amor?  
 Amante de tal valía...  
 ¿Fuera mucho presumir?...  
 ¿No es verdad que es de sentir  
 Que no quiera serlo mía!

#### ISIDORO MAIQUEZ.

Como ilustración á esta oda (publicada en *El Cartagines*, á 28 de Abril de 1859, y en *El Mundo pintoresco*, á 17 de Julio del mismo año), conviene reimprimir aquí una nota de D. Leandro Fernandez de Moratin, que se halla en el tomo IV de sus Obras, dadas á luz por la Real Academia de la Historia (Madrid 1830 y 1831), páginas 345 y siguientes:

«Isidoro Maiquez, natural de Cartagena, tejedor de sedas, aficionándose al teatro desde su juventud, empezó á representar en las compañías cómicas de Valencia. Tal es el principio que han tenido casi siempre los actores de España. Hijos de padres humildes, aplicados tal vez á algun ejercicio mecánico, inclinados á ver comedias y representarlas, y resueltos, por último, á abandonar su oficio por un arte en que es tan difícil acercarse á la perfección; sastres, carpinteros, impresores, zapateros, bordadores, peluqueros, monaguillos, soldados, cocheros, tejedores, confiteros, albañiles; esto han sido en sus primeros años los que con más ó ménos habilidad han ocupado la escena española desde Lope de Rueda hasta nuestros días. Lo que ciertamente debe asombrar, es que entre tales cómicos hayan sobresalido algunos, no inferiores en su clase á los más celebrados de los teatros extranjeros. ¡Qué fuerza de talento natural han necesitado para formarse, cuando les faltaban los auxilios de la educación, de la instrucción, del trato culto de la sociedad; en suma, cuando era necesario

que cada uno de ellos buscara y hallara los principios de un arte que nadie enseña entre nosotros! Pero, como sea cierto que los primeros hábitos determinan para en adelante el carácter intelectual y moral de los hombres, toda la habilidad de nuestros mejores cómicos se ha reducido siempre á la imitación de la ridiculez vulgar, y han sido muy pocos los que hayan sabido acercarse á la delicadeza, á la gracia decorosa, á la urbanidad y elegante expresión de la buena comedia. No llegando á esto, ¿quién debería exigir de ellos la sublimidad que pide la tragedia, en su declamación robusta, heroica, patética y vehemente?

»Maiquez, despues de haber representado algunos años en Madrid sin aplauso (actor extremadamente frio, que entendia y no expresaba sus papeles), pasó á Francia en el año de 1799: vió en París el teatro francés, y no necesitó más. Estudió á Talma con una atención reflexiva, de que él sólo era capaz. La acción, el gesto, la entonación, las transiciones, los extremos de dolor, de alegría, de orgullo, de abatimiento, de rencor, de furia, cuantos afectos componen la imitación trágica; otros tantos observó y retuvo; y como su defecto único era la frialdad, no halló en sí obstáculo ninguno que vencer, ni un solo resabio que destruir. Aún hizo más. Conoció que no debía copiar, sino imitar, los excelentes modelos que veía en el género trágico y cómico; y, penetrada la razón del arte, variar, modificar su declamación, y establecer la línea que debe separar la expresión francesa de la que puede ser agradable á un auditorio compuesto de españoles.

»Cuando volvió á Madrid, se dijo, al ver sus primeras representaciones, que copiaba á Talma en las mismas piezas que él repetía, traducidas á nuestra lengua; pero cuando se le vió

desempeñar otras que se habian escrito despues que él vino de Francia, se echó de ver que no era un copiante servil, sino un profesor eminente. Tambien se dijo (; qué desaciertos no dice la envidia?) que en la tragedia era muy buen actor; pero que sólo hacia tragedias, y que persuadido él mismo de su nulidad para los caracteres de nuestras comedias antiguas, siempre se abstendria de representarlas. Herido su orgullo (que era igual á su mérito), conoció la necesidad de sobresalir en todos los géneros para confundir á la ignorancia, y lo consiguió, representando personajes y afectos de tan diferente naturaleza, que parecia imposible aspirar en todos ellos á la perfeccion, y él supo hallarla. *García del Castañar, Fennon, El Vano humillado, Otelo, Oréstes, El Pastelero de Madrigal, La Casa en venta, El mejor Alcalde el Rey, La Zaira, El Rico Hombre de Alcalá, El Distruido, Pelayo, El Convidado de piedra, Numancia destruida*; en suma, las tragedias extranjeras, las españolas, las piezas ligeras del teatro frances, las antiguas y modernas del nuestro, hallaron en él un actor que nunca ha tenido semejañte.

»Ensayaba á sus compañeros en los papeles que habian de hacer con él; pero nunca trató de darles una instruccion metódica del arte, ni les comunicó las máximas que él habia adoptado como principios seguros para acertar en él. Su habilidad fué un secreto: ni tuvo rivales ni quiso discípulos: con él empezó la gloria de nuestro teatro en la representacion, y con él acabó.

»Su vida fué una continua alternativa de satisfacciones y disgustos. Empeñado y pobre muchas veces, otras opulento; desterrado por el gobierno de José Napoleon, y restituido despues por el mismo á la patria; cuando ésta logró sacudir

el yugo extranjero, Maiquez, digno intérprete de las ideas de libertad, excitó el entusiasmo general con la imitacion de afectos y acciones heroicas, recibiendo en la escena coronas y aplausos, hasta que, por último, llegó á verse otra vez odioso á la Córte, desterrado, falto de salud y medios, y en edad que no resiste como la juventud á los desaires de la fortuna. En vano la generosa amistad de sus compañeros procuró dilatar su vida, haciéndola ménos infeliz. Murió en Granada, en el año de 1820.»

#### LA VICTORIA DE TETUAN.

Buena, muy buena obra, ménos ideal que otras, más correcta que muchas, llena de patriotismo y de valentía. Allí se dice que la victorja

Es el beso de amor que ronco brota  
De los ardientes labios de la guerra;

allí, más adelante, leemos

Que los brazos del déspota se oprimen  
Donde los brazos de la cruz se abren;

allí, por último, que

La tumba de los hombres es la muerte,  
La tumba de los héroes es la gloria.

Se publicó en *La Discusion* de 8 de Febrero de 1860, y en el *Diario de Cartagena* de 21 del propio mes.

#### EL BESO.

(Pág. 127.)

Otro soneto escribió MONROY, que se ha conservado: es de asunto y consonantes forzosos. Hélo aquí:

## CON UN DURO.

(En boca de un desesperado.)

## SONETO.

Sentí, al pisar de nuestro mundo el suelo,  
 De perder á mis padres la *amargura*;  
 No supe qué era amor ni qué *hermosura*,  
 Ni hallé un amigo á quien decir mi anhelo.  
 En la tumba fatal del *desconsuelo*  
 Gime mi corazón: si, por *ventura*,  
 Ansioso busco á Dios tras esa *altura*,  
 Y al cielo miro, se oscurece el cielo.  
 Nada soy, nada tengo, nada *valgo*;  
 He dado á la ilusión mi adios *postrero*:  
 ¿Puedo ya en adelante creer en *algo*?  
 Ni honores alcancé, ni fama *espero*;  
 Entré muerto en la vida, y muerto *salgo*.  
 Me queda un duro: ¿para qué lo *quiero*?

## ULTIMOS MOMENTOS DEL DILUVIO.

Debe ser un fragmento, aunque al principio no se dió como tal por los que se han ocupado en recoger los versos de MONROY.

Salomon Gessner, escritor alemán, suizo de nacion, que obtuvo gran celebridad á fines del siglo pasado, extendió en prosa otro como fragmento, dedicado á representar los *últimos momentos* de dos amantes en el Diluvio. Nada se parece el fragmento de MONROY al de Gessner: hoy, que las obras del autor suizo no son ya de nadie leídas, quizá no parezca fuera del caso agregar aquí, traducido, el fragmento indicado.

UNA ESCENA <sup>1</sup> DEL DILUVIO.

SEMIRA Y SEMIN.

«Ya las torres de mármol yacian profundamente sumergidas; ya sobre la cumbre de las cordilleras corrian negras olas como montañas; ya sólo alzaba un monte su erguida cabeza sobre las aguas. Horrible agitacion reinaba en torno de sus azotadas pendientes, donde gritaban desesperados los infelices que subian á su cima, perseguidos por la muerte en las olas, que les iban sin cesar bañando las plantas. Aquí se desgajaba del monte una colina, y cargada de hombres dando alaridos, se precipitaba con ellos en el espumoso piélago; allí reunidos los turbiones, y trocados en furioso torrente, se llevaban al hijo que se esforzaba á salvar á su padre moribundo, ó arrastraban á la afligida madre con sus hijos en brazos <sup>2</sup>.

»Sólo descollaba, exento de la devastacion, el pito más eminente de la cima, donde Semin, generoso mancebo, á quien poco ántes habia jurado eterno amor la más virtuosa de las doncellas, habia puesto en salvo á su adorada Semira, y donde, en medio de la más deshecha borrasca, se encontraban solos, porque las aguas habian acabado con el resto de los mortales. Abalanzábanse las olas á ellos, retumbaba sobre

<sup>1</sup> *Gemähd*, esto es, cuadro, dice el original.

<sup>2</sup> Antes que Gessner, habia escrito en su *Deucalion* el conde de Torrepalma la octava siguiente:

Sobre la última roca retirada  
 Amante madre, al tierno infante asida,  
 La planta de las ondas ya bañada,  
 Lo levanta á los hombros afligida:  
 Del miedo y de las ondas perturbada,  
 En el piélago cay desvanecida,  
 Y aun en la ansia total agonizando,  
 Va el hijo entre las ondas levantando.



ellos el trueno, bramaba á sus piés un mar enfurecido. Espantosa oscuridad los envolvía cuando los relámpagos no alumbraban la cruel escena; cada nube amenazaba horrores con su negra frente; cada ola tropezaba con mil cadáveres, é impelida por los aquilones, corría en busca de más estragos.

»Estrechó Semira á su amado contra su corazón palpitante, y vertiendo llanto, que regaba sus mejillas pálidas, mezclado con las gotas de la lluvia, exclamó con voz balbuciente: «Semin, amado mio, ya no hay salvacion para nosotros; por todas partes la muerte nos acosa rugiendo. ¡Oh desolacion! ¡oh desventura! Cada vez se nos acerca más nuestro fin. ¿Cuál de esas olas, ¡ay! cuál será la que nos sepulte? Sosten, sostenme con tus brazos trémulos, amado mio: pronto no existiré, pronto no existiremos, confundidos ámbos en el universal trastorno. Ahora..... Hacia aquí viene rodando..... ¡Cuán espantosa! Ya llega, iluminada por los relámpagos. ¡Favor, oh Dios, Dios, nuestro juez!»—Dijo, y cayó en brazos de Semin.

»Ciñó con ellos á la desfallecida amante, sin poder desplegar los labios, y sin ver ya el inminente exterminio, sino sólo á su dulce prenda reclinada, exánime en su seno; y padeció por ella más que con el horror de la muerte.

»Besó entónces aquellas mejillas, que tenía sin color la fria lluvia, y estrechóla más fuertemente, diciendo: «Semira, adorada Semira, recóbrate y vuelve á contemplar este desolador espectáculo: vuelvan á mirarme tus ojos, vuelva á decirme otra vez tu marchito labio que me amas hasta la muerte: otra vez, ántes que las olas nos arrebaten.»

»Volvió ella en sí cuando él enmudecía; dirigióle una mirada llena de indecible ternura y pena, y tendió luégo la vista sobre aquel estrago. «¡Dios y mi juez! exclamó: ¿no hay remedio,

no hay misericordia que nos alcance? ¡Cómo se estrellan las oleadas! ¡cómo retumba el trueno! ¡con qué aparato de terror se anuncia la implacable venganza! ¡Oh Dios! Nuestros años corrían en la inocencia; Semin era el más virtuoso de los jóvenes..... ¡Ay! ¡ay de mí! Todos los seres que ornaban de goces mi existencia, todos han perecido. Y tú, la que me diste vida..... ¡oh cruel espectáculo! Separada de mí por las aguas, todavía levantaste la cabeza y los brazos para bendecirme, cuando fuiste abismada. Todos perecieron. Y sin embargo..... Semin, Semin, el mundo asolado y desierto sería para mí un paraíso contigo. Vivíamos inocentes, mi Dios; y ¿no hay salvacion, no hay piedad para nosotros? Pero ¿qué dice mi corazón angustiado? Perdóname, ¡oh Dios!: ya morimos. ¿Qué es en tu acatamiento la inocencia humana?»

»Sostuvo el mancebo á su compañera, á quien el huracán vencia, y dijo: «Sí, mi adorada: todo viviente ha sido arrebatado á la tierra, y en el estruendo de la devastacion ya no grita ningun moribundo. Carísima, carísima Semira mia, el instante próximo es el último nuestro. Se acabaron todas las esperanzas de esta vida; todo el venturoso porvenir que nos figurábamos en las horas placenteras de nuestro amor, se deshizo; vamos á perecer. La muerte sube y corre en torno de nuestros muslos vacilantes; pero no, no esperemos como réprobos ese general destino! ¡Moriremos! Y ¿qué fuera para nosotros, amada mia, qué fuera la vida más larga y deliciosa? Una gota de rocío pegada á un peñasco, de donde se desprende al mar cuando el sol asoma. Esfuerza tu ánimo: las delicias y la eternidad están más allá de la vida. No temblemos al pasar allí: abrázame, y esperemos así nuestra suerte. Pronto, Semira mia, pronto nuestras almas volarán sobre estos estra-

gos; entregadas al goce de una bienaventuranza inexplicable, volarán sobre ellos: tanto me atrevo á esperar, Dios mio. Sí, Semira, levantemos las manos al cielo: no debe el mortal juzgar á la Providencia. El que inspiró el soplo vital en nosotros, envía la muerte al bueno y al inicuo; pero ¡dichoso el que ha caminado por la senda de la virtud! No pedimos la vida, ¡oh infinitamente Justo! seamos comprendidos en tu sentencia; pero anímanos con la celeste esperanza de aquel bien inefable que ya no puede turbar la muerte; y ruja en buen hora el trueno, y brame la borrasca, y estréllense sobre nosotros las olas. Alabado sea el Justo; su alabanza sea el último pensamiento de nuestras almas en el cuerpo falleciente.»

»El valor y el júbilo que reanimaron el semblante de Semira le volvieron su hermosura; y alzando las manos entre la tormenta, prorumpió: «Sí, esa divina, esa inmensa esperanza, la siento ya toda: alabe al Señor mi labio, y viertan lágrimas de alegría mis ojos hasta que los cierre la muerte cercana, pues nos está aguardando un cielo con mil venturas. Nos habeis precedido vosotros los que fuisteis objetos de nuestro cariño; pero pronto tornamos á veros: ya vamos. Ante el solio del Altísimo están ya los justos, á quienes despues del juicio ha congregado en su presencia. Truenos, rugid; olas, bramad: vosotros sois el himno de su justicia: destruccion, ven á nosotros. — ¡Mira, amado mio! abrázame, que allí viene la muerte; en aquella ola negra viene. Abrázame, Semira, no me dejes. ¡Oh! ya me levanta el agua.

»—Yo te abrazo, Semira, decia el jóven; abrazada te tengo. Muerte, sé bien venida: aquí estamos. ¡Alabada sea la justicia eterna!»

»Así dijeron, y la ola los arrebató abrazados.»

## LO QUE DICE MI MADRE.

(Pág. 131.)

Aunque la composicion titulada *Génesis*, que principia en la pág. 169, sea en la opinion de muchos y en la humilde nuestra, la obra de MONROY más poética, más alta, la mejor, en fin, de las suyas, nos atrae con invencible hechizo esta especie de epístola familiar de la pág. 131: parece sin duda una traduccion, en buena poesía, de los afectos que una madre ha expresado en la prosa de la verdad; nos parece aún otra cosa. Cuando una digna madre tiene léjos de sí á su hijo por el bien de él, porque está, como JOSÉ MONROY, estudiando con aplicacion y lucimiento, no hay razon para sentir la ausencia del hijo tan dolorosamente. ¡Habrà, pues, en estas preciosas redondillas melindre, afectacion, exageracion impropia, ficcion inoportuna, falsedad ridícula y vituperable? ¡Ah! no: cuando los espíritus superiores exageran (al parecer), es que presienten, es que adivinan, es que ven lo que para ménos felices inteligencias no es perceptible. MONROY presintió, adivinó y expresó fielmente el dolor de su amante madre en la ausencia más larga y triste, en el destierro á la eterna vida, en la separacion del sepulcro: en Setiembre de 1861 adquirian completa y lastimosa verdad aquellas redondillas:

Hoy sólo puedo exclamar  
En amante desvarío:  
«¿En dónde estás, hijo mio,  
Que no te puedo abrazar?»

(Habla la Madre con la naturaleza.)

Dile que mi amor es fiel,  
Dile que mi afecto es ciego,